

www.elboomeran.com

Alan Pauls

El pudor del pornógrafo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Ann Charlotte», 1996, © John Currin.
Cortesía de Gagosian Gallery

Primera edición: abril 2014

© Alan Pauls, 1984, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9775-3
Depósito Legal: B. 5068-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

«A menudo pienso durante muchas horas únicamente en el cartero. Tiene que llegar correo, pienso. ¡Correo! ¡Correo! ¡Noticias! Algún día llegará una carta que no te defraudará. ¿De quién? ¿No sería agradable, querido doctor, abrir una carta y decirse: ¡Vaya, voy a morir el 24!»

«No quisiera otra cosa que tenerte tomada de la mano y sentir tu proximidad. ¿Modesto deseo? Y sin embargo no rasga ni la lejanía ni la noche.»

Úrsula solía esperarme en el amplio parque que se extiende frente a mi casa. Convencida de que en soledad mi trabajo ganaba en eficiencia y rapidez, había elegido el parque porque desde allí –por una razón posicional– era posible divisar el pequeño balcón de mi casa, una blanca saliente con rejas a la que yo me asomaba a fin de apaciguar con gestos su expectativa. Entre carta y carta, yo salía al aire y permanecía allí unos minutos, fijado en la contemplación de su pequeña silueta, que ella acomodaba con decoro en uno de los descoloridos bancos del parque. Cuando ella alzaba los ojos hacia el balcón (su cabeza parda, en la que los reflejos del sol se entrelazaban, ascendía levemente como si yo la hubiese llamado con silenciosa consigna), yo intentaba hacerme entender por medio de contorsiones corporales. Úrsula se incorporaba de pronto, creyendo sin duda que lo que yo le anunciaba con mi aparición en el balcón era el término de una nueva jornada de trabajo. ¡Cuánto me costaba

entonces disuadirla: explicarle con ademanes que me mostraba ante ella con el solo objeto de preservar nuestro contacto!

Más tarde el trabajo aumentó; las cartas comenzaron a llegar por paquetes que un fatigado cartero abandonaba descuidadamente frente a mi puerta. Entonces Úrsula modificó sensiblemente su forma de esperar. En una ocasión, aprovechando la pausa cada vez más estrecha entre una carta y otra, salí al balcón con la intención de ofrecerme a ella, a la que imaginaba ya exasperada por la espera, mirando insistentemente hacia el balcón como quien aguarda la salida de un líder religioso. Pero, para mi sorpresa, ella no estaba allí. Quedé unos instantes como enclavado en el banco en el que solía sentarse, hasta que mis ojos, desplazándose lentos por toda la extensión del parque, fueron a dar a una zona lateral, sombría; allí distinguieron la masa compacta de unos árboles agitados por el viento y, recortada contra ellos, una mancha viva, una silueta en la que reconocieron el cuerpo de Úrsula.

Súbitos interrogantes me asaltaron: ¿por qué allí?, ¿a qué obedecía ese inesperado cambio de posición?, ¿qué efectos desencadenaría? La respuesta de este último me sería dada de inmediato, apenas intentara descifrar aquella mancha rojiza que se debatía en la zona penumbrosa: conforme a esta arbitraria redistribución del espacio, resultaba que yo poseía de ella una visión cuya relativa claridad me facilitaba el acceso a sus detalles; pero he aquí que ella, al dirigirme mis enfáticos gestos con sus correspondientes signi-

ficados, no parecía capaz de «recogerlos», alejada mi figura –al parecer– de los límites de su campo visual. Quedábamos, por así decirlo, desconectados uno del otro: *¡roto el lazo óptico que nos encadenaba!* Observándola desde el balcón, me parecía estar frente a uno de esos vidrios que permiten la visión de quien está detrás, impidiendo sin embargo que éste reconozca a quien lo contempla, dado que eso que el que contempla toma por vidrio (por transparencia) sólo es para el contemplado una superficie opaca.

Desde entonces, Úrsula nunca volvió a interrumpir mi trabajo. Sin duda debido al creciente número de cartas que yo recibía, y también a cierto hastío derivado de la espera, prefirió aparecer, enigmática, en aquellas ráfagas de visión, como una suerte de pieza principal camuflada en elemento accesorio. Fragmentos de contemplación: pequeños cuadros de los que el cuerpo de Úrsula, enfundado en vestidos de colores extravagantes, hacía su propio escenario, el lugar de su exposición.

No describiré aquí lo que de ella pude constatar en aquellas visiones; diré, sí, que si bien ella quedaba marginada del sentido de mis «envíos» (los gestos que yo improvisaba a falta de un sistema de comunicación más conveniente), no por ello parecía molesta por la contemplación unilateral a la que ella misma, cambiando su postura en relación con el balcón, se había entregado, sino todo lo contrario: de esta visión sólo mía, que le era del todo imposible corresponder, Úrsula supo sin duda explotar las peculiaridades.

Peculiar fue, en verdad, la forma en que Úrsula aprovechó aquella modificación de nuestro vínculo «óptico»; aún encerrada en el marco de mi campo visual, el hecho de que su nueva posición me excluyera del suyo pareció conferirle un derecho que no esperó mucho tiempo en comenzar a ejercer. La primera vez, habiendo yo salido al balcón y dirigido mi mirada hacia la zona «este» del parque, zona cuyas sombras nada bueno auguraban, en busca de la silueta de mi Úrsula, a la que –como siempre– esperaba encontrar reclinada contra la ruinosa casilla, en postura lánguida y como abandonada al frescor de la tarde, el espectáculo que se ofreció a mis ojos reveló entre sus detalles el germen de un trastorno. Reconocí en aquella silueta colorida a mi Úrsula, pero fue su postura anormal, la variación casi imperceptible de algún miembro de su cuerpo amado, lo que me obligó a fijar la atención de un modo inusual en el desarrollo de la escena. En efecto, una transformación se había

operado, ligerísima, en su cuerpo, en la armoniosa disposición de sus miembros, transformación cuyas repercusiones interiores no supe en ese instante evaluar con la debida prudencia, y cuya señal más nítida, más, por decirlo de algún modo, «visible», consistía en el hecho de que Úrsula yacía sentada en el piso, a la sombra de un árbol de voluminoso tronco, sentada y con la delicada espalda apoyada contra aquél, inmóvil todo su cuerpo a no ser por la tenue vibración de una de sus piernas, que ella se ocupaba de mantener abiertas y flexionadas, como aprestadas a un parto, vibración que me parecía destinada a rozar un muslo con otro bajo la débil resistencia del vestido, que se entrelazaba y jugueteaba en sus tobillos desnudos. A medida que Úrsula prolongaba su ejercicio, cuyo regocijo no era ajeno a su cambio de ubicación en el parque, ni al hecho de que, desde mi lugar, aún me era posible asistir a sus demostraciones, las inciertas sensaciones que experimentaba, extrañas para mí en aquellos escarceos primitivos, debieron hallar en el suave tejido que envolvía su cuerpo un obstáculo para su prosecución, ya que de otra forma no se hubiera explicado que con ayuda de sus dos manos, antes alzadas sobre su cabeza, en contacto directo con la rugosidad del enorme tronco, mi Úrsula se abocara con cuidado a la tarea de arremangar su pollera hasta desnudar sus piernas a la altura de la mitad de los muslos, que aquel rítmico vaivén no dejaba de aproximar uno al otro en un concertado dispositivo mecánico. Arremangada la molesta prenda, desnudadas las dos piernas en incesante fricción, Úrsula pro-

cedió entonces a extenderlas sobre el piso de tierra, abriéndolas en una asombrosa arcada y volviendo a cerrarlas impetuosamente, aceleración que levantó en torno del cuerpo recostado una gran nube de polvo, polvo negruzco y ensuciador detrás del cual toda mi Úrsula desapareció víctima de un prodigioso efecto teatral, arrebatada por un designio sobre el que yo, desde el balcón, incapaz de conjurarlo, comenzaba a interrogarme.

Recibí tu imprevista carta, Úrsula, hace unos pocos minutos, tiempo necesario para sobreponerme a la sorpresa y al cabo del cual ya estaba sentado escribiéndote la respuesta. No tienes ya nada que temer, amor: tus líneas se hallan en mi poder, tu carta no se ha extraviado, y yo celebro el feliz momento en que se te ocurrió escribirme. «Para sustituir la espera», me escribes; pero ¿por qué recurres a una justificación que yo sería incapaz de pedirte? No tengo nada que preguntarte acerca de tu decisión, nada acerca de las razones que te han estimulado a adoptarla; pero ya que tú me las comunicas, ¿qué me queda a mí sino aplaudirlas? El tiempo que tú permanecías en el parque, a la espera de mis noticias (a menudo tan penosamente enviadas que tú no alcanzabas a entenderlas), era un tiempo perdido, y no veo cuál pueda ser la objeción al hecho de que tú hayas resuelto abandonar ese precario modo de ponernos «en contacto».

¡Enhorabuena, Úrsula! Pues tu carta ha caído sobre

mí como desde las nubes (yo no la esperaba: espero diariamente otro tipo de cartas, que son las que nos obligaron a suspender nuestros encuentros), cuando ya comenzaba a inquietarme el destino de nuestra ligazón. Fue como si tú hubieses captado el deseo que en mí comenzaba a despertarse, y, apenas convocado, reclamaba urgente satisfacción. Y tanto el tono como el contenido, Úrsula, le otorgan a tu carta el valor de preámbulo para una ulterior correspondencia que tal vez estreche aún más nuestro vínculo. Entre tú y yo, una puerta comienza a abrirse, o al menos ambos tenemos la mano sobre el picaporte. Y qué nos sea dado descubrir del otro lado, eso dependerá del curso que siga nuestro intercambio. Todo lo que sé, Úrsula, es que habiendo puesto repentino fin a esas «sesiones de contemplación mutua» a través de las cuales uno pretendía saber todo del otro, se había vuelto para mí imperiosa la necesidad de encontrar el modo que nos permitiera introducirnos, por así decir, uno en el otro. Y ese camino, tú lo has hallado y me lo propones para que yo también tome cartas en el asunto. Inmejorable camino, Úrsula, que sin embargo no creo poder recorrer sin tropezar, aquí y allá, con ciertos escollos. Como tú sabes, con mi «trabajo» tengo ya suficiente correspondencia para leer y contestar. (¡Oh, no! No lo dije para que te enfadases, mi amor, mi ausente, sino para confiarte con toda franqueza las penurias de mi situación, de la que tú no tienes por qué participar, pero sí estar al tanto. ¿Me prometes no ofuscarte? Debería haber algún modo de poder tachar lo que uno ha escrito sin que el otro lo advierta.)

Comprenderás entonces que frente a tus envíos yo habré de tomar una serie de medidas a fin de que no se mezclen con los otros, de los que temo la contaminación. Además, acostumbrado ya a contestar *ese* tipo de cartas, me atormenta la idea de que ante las tuyas no sepa ya qué decir (¡porque es tanto!). Adivino que no lograré transcribir con fluidez nada de lo que previamente componga dentro de un orden. Es cierto que mi memoria es débil, pero incluso la mejor de las memorias sería incapaz de ayudarme a transcribir con exactitud un párrafo, por pequeño que sea, pensado y retenido de antemano, pues dentro de cada frase hay transiciones que deben permanecer en suspenso con anterioridad a su redacción. Cuando me siente luego, con el objeto de escribir la retenida frase, no veré sino fragmentos que estarán allí, y que no lograré atravesar ni sobrepasar con la mirada. Si siguiera el dictado de mi indolencia no haría otra cosa que tirar la pluma. ¡Y yo, Úrsula, si hay algo que quiero —ahora que es el momento de enunciar nuestros deseos—, es que tú no pierdas nada, ni el trozo más insignificante de lo que tengo para decirte!

Además: si por una parte te he tranquilizado asegurándote que tu carta ha llegado, por otra parte habré de confesarte que tus preocupaciones no carecen de fundamento. Por lo tanto, si realmente está en nuestro deseo el llevar adelante esta «correspondencia» (¡qué extraña me suena esa palabra: como de otra época!), nos aseguraremos de que cada carta goce de todas las medidas de seguridad con que seamos capaces de preservarla; aunque ¿qué mejor garantía que

entregártela a ti personalmente, verdad? Pero si así fuera, si a mí nada me apartase de nosotros, entonces ¿qué necesidad habría de escribirnos? Te confieso lo que yo haría si fuese el cartero: si yo fuese el cartero encargado de llevar esta carta a tu casa, no dejaría que nadie me cortara el paso, que nada me impidiera atravesar en línea recta todas las habitaciones hasta llegar a ti y depositar la carta en tu propia mano. ¡En tu propia mano! Pero debes saber, Úrsula, que pese a todos los «inconvenientes» que te he citado, pese a los temores que me asaltan, ardo en deseos de abrir esa puerta en cuya cerradura juntos la llave hemos introducido; puerta detrás de la cual encontraremos lo que uno desea para el otro y para ambos: ¿la felicidad?

Bien, amor, el tiempo apremia. Debo volver a mis «otras» cartas, aunque todo mi deseo me arrastre hacia la tuya, sobre la que en este instante pongo mi mano para sentir que la poseo.

P.D. Una pregunta, casi al mismo tiempo que guardo esta carta dentro del sobre: ¿de quién fue la idea de escribirme? ¿Tuya, o de alguien a quien, allegado a ti, tú diste parte de la singularidad de nuestra situación?

¡Cuántas cosas nos separan, Úrsula, cuántas cosas hechas de palabras, cuántas palabras que no poseemos! Y entre las palabras: ¡cuántas irrelevantes, qué sorprendente cantidad de insignificancias! Si no fuera por el extraño y tenaz poder que tienen de distanciarnos, por el empeño que ponen en diferir el abrazo con el que soñamos una y otra vez, las archivaría como un viejo traje que ya comienza a traicionar las verdaderas formas del cuerpo. Haría con ellas (¡oh, cómo lo deseo, Úrsula!) una pulpa informe, las aplastaría y entremezclaría de maneras tan diversas que nadie sería capaz de reconocer luego en ellas el resto de ningún mensaje.

Pero, ¡ay!, ellas no me dejan; me sujetan, y si acaso hago algún gesto que denuncia imprudentemente mis intenciones para con ellas, de inmediato se produce un revuelo, una agitación general de las cosas: otra vez el timbre que suena, otra vez una ristra de cartas esperándome en el escritorio —y la desolación se

apodera de mí y rindo mis fuerzas al desigual combate.

Pero tú y yo bien sabemos que no se trata sólo de las cartas ajenas. Esta sacrificada profesión, que tú dices «detestar» con todas tus fuerzas, no es el único obstáculo que conspira contra nuestro encuentro. Porque: ¿cómo no pensar en nuestra «separación» (tal como tú te regodeas en llamarla) cada vez que recibo uno de los maravillosos sobres que tú engalanas y perfumas con una devoción que me resultará difícil corresponder, y yo reconozco sobre su superficie sonrosada tu amada grafía, el anuncio de un nuevo consuelo para mis padecimientos?... ¿Cómo no pensar en nuestra «separación», oh Úrsula, cada vez que leo entre tus líneas mi propio nombre escrito entre comas y signos de admiración, nombre que bajo la invocación señalas como ausente, casi como perdido?

Son también nuestras cartas, Úrsula, las que al dar alivio a nuestros inmensos deseos, las que al concedernos por un instante —el fugaz instante que dura la lectura de nuestras cartas— la ilusión de yacer, caer un cuerpo del otro cuerpo, casi tocándose, al mismo tiempo se encargan una y otra vez de devolvernos al abismo de distancia que nos «separa»...

¡Ah! ¿Podrá concebirse alguna vez una máquina que, como la de nuestra correspondencia, paradójica e implacable, nos haga sufrir y desear tanto?

(Pero mi Úrsula se enfada cuando yo acuso a nuestras cartas de «recordarme» nuestra «separación». Y cuando se enfada, su letra es más enérgica, los trazos más rectos, los adjetivos más espaciados y auste-

ros. Me escribe cartas más breves, pero a veces envía dos o tres pequeños fragmentos en un solo día, fragmentos que desiste de firmar seguramente arrebatada por la ira...)

No debieras enfadarte así, Úrsula; porque bien sabes que privado de tus cartas me volvería loco y ya nada tendría sentido. Bien sabes el valor que yo concedo al hecho de escribirnos, y la admiración con que día a día recibo la ciega voluntad de comunicarme tus noticias... Pero al mismo tiempo: ¿te has preguntado ya acerca del significado que cobra para mí (y seguramente también para ti) el hecho de esperar? Nada hay que me atormente más, nada que despierte en mí sentimientos más agónicos, que el pensar en el extenso, infinito recorrido que debe realizar la carta que acabo de terminar para ti hasta llegar a tu casa. Apenas cierro el sobre —la tinta aún debe estar húmeda: tú me has hablado ya de extraños «borroneos» que dificultan la comprensión del alguna palabra— y la echo al buzón (llevarla personalmente al correo sería condenarte a una espera más incierta: arrastrado ciegamente por la prisa, no es improbable que algún accidente me sorprenda en el camino y la carta no llegue a destino), me asaltan terrores que no consigo dominar: ¿la carta será recogida hoy?, ¿se extraviará en el camino? Por eso, Úrsula, porque de todo y de todos sospecho, prefiero escribirte siempre a tu casa; allí, al menos mis dudas tienen por objeto a quienes circulan a tu alrededor, personas que desconozco y en las que tú, para tranquilizarme, me aseguras que confías plenamente.

Y si nada de esto me sucede, si confío en que mi carta llegará a donde debe llegar –porque para ello ha sido escrita–, entonces los terrores me asaltan cuando me represento el recorrido que debe efectuar tu respuesta. ¿Desde dónde la envías? ¿Cuáles son las precauciones que tomas para evitar que sucumba de un modo u otro al poder de las «influencias» que sutilmente en torno a nosotros tejen su peligroso cerco?

Es tarde. Esta invocación debe llegar a su fin. Hay sobre mi escritorio cantidades de cartas que esperan mi respuesta: innumerables espíritus desconcertados aguardando una luz que guíe su camino. Yo, Úrsula, yo soy el señalado: ¡sobre mis hombros pesa la responsabilidad de iluminar a los extraviados! No puedo abandonarlos, aunque tú te quejas de que me ocupen una desmesurada parte de mi tiempo. Todo mi tiempo, en realidad, no está lleno sino de palabras –palabras que mi amor por ti ordena y selecciona y que nunca dirán con todas las letras la inmensidad que las inspira, ¡oh, Úrsula!

Adorada, distante Úrsula:

Debes saber que las cartas ya no me dejan en libertad ni siquiera por unos minutos: debo entonces acelerar el ritmo que sigue mi lectura (que, como tú sabes, suele ser desdichadamente lento), y apresurar también la velocidad que mi pulso imprime sobre el escribir.

Pero contigo todo es distinto, para ti arranco tiempo de mis entrañas: tus cartas desfilan ante mis ojos una y mil veces, y a cada lectura me parece como si durante el breve tiempo que tu carta ha pasado encerrada en el cajón (en mi escritorio poseo un cajón exclusivamente destinado a guardar lo que tú me escribes), una mano invisible, la fuerza de nuestros inmensos deseos, agregara *entre líneas* nuevas frases, ¡frases llenas de esperanzas y sueños que creo no haber leído antes! ¿Te das cuenta, Úrsula, de hasta qué extremos puede arrastrarme la necesidad de hallarme junto a ti? Pero: ¿cómo sortear los infinitos obstáculos que se interponen? Pienso en el tiempo, amor, en el tiempo

que tardaría en llegar a ti, en el tiempo que nos separa, y experimento la horrible sensación de su brevedad: he calculado apenas diez, quince minutos a lo sumo. Y esta brevedad es horrible porque es excesiva: todo el tiempo, por fugaz que sea, me parece interminable en relación con la intensidad de mi deseo de llegar junto a ti; supera mis fuerzas y aplaza mis deseos más imperativos... Tú sabes de las condiciones en las que me encuentro, y tal pausa –por mínima que sea– se torna así descabellada.

Por eso, Úrsula, mi más ferviente deseo es que ambos aprovechemos hasta la más imaginaria posibilidad de acercamiento, lo que tú has hecho maravillosamente, anticipándote a mi ruego, al enviarme en tu última carta esta fotografía que, al parecer, por lo que puedo distinguir en el fondo sobre el cual tu cuerpo se recorta, te hiciste tomar en el parque, deseosa seguramente de mitigar de alguna forma la espera a la que no yo, ¡por Dios!, sino este terrible trabajo mío, nos condena. Sí: es el parque, no hay dudas. Veo allí, a tus espaldas, el tronco monumental del árbol que habías elegido para que yo te contemplara desde mi balcón, el mismo tronco contra el cual días pasados, antes de que interrumpiéramos aquella modalidad, decidiste sentarte con las piernas muy abiertas y el vestido recogido hasta las rodillas. Doy gracias al cielo, Úrsula, por haber hecho que el fotógrafo que tuvo a su cargo esta fotografía llegara en otro momento y se evitara así el extraño espectáculo que tú seguramente brindabas a mis ojos, y sólo a ellos. (Porque tú no podías verme a mí, ¿verdad?)

En cuanto a la foto, te ves hermosa como siempre, Úrsula, y aunque el color no sea muy bueno y parezca haber padecido el torpe rigor de los empleados de correos que transportaron hasta mí tu sobre, puede advertirse en tus mejillas el resto ya empalidecido de un rubor cuyo origen deberás explicarme en cartas posteriores, si es que lo deseas, así como justificar los desacostumbrados pliegues que, en la zona inferior, afean considerablemente tu apostura... (¿Y qué puedes decirme de la singular sonrisa que turba tus labios? ¿Dirías que se trata de la sonrisa con que sueles regalar la contemplación de los dichosos fotógrafos que eliges para ser tomada como modelo? ¿Has percibido ya cómo, de qué modo pérfido y malicioso, sobre la comisura izquierda de tu boca, asoma un pequeño colmillo, producto sin duda de algún comentario que tu hermosura suscitó en ese «fotógrafo»?)

Basta: tantas preguntas acabarán por cansarte. Y si pudieras imaginar por un momento la cantidad que no puedo formular, ya sea porque nunca me alcanzaría el tiempo, o porque nunca habrá suficiente papel y tinta para escribirlas, seguramente desistirías de leer mis cartas... Todos mis sueños, Úrsula, están atados indisolublemente a lo imposible. Quisiera, por ejemplo, que mi mano corriera a una velocidad tan extraordinaria que me fuera posible escribir todo lo que tengo para decirte; quisiera disponer de una máquina que registrara por escrito cada uno de mis pensamientos en el orden en que se presentan a mi espíritu y sólo en ese orden; una máquina que excluyera tanto la omisión como la selección; un artefacto dotado del

poder sobrenatural de decirlo todo sin olvidar nada, ni siquiera lo más insignificante... Pero, ¡ay, Úrsula!, ¿es que la realidad reserva algún lugar para semejante instrumento? ¿Y qué sentido tiene gastar —no gastar sino: ¡despilfarrar!— todas mis fuerzas en el deseo de tal instrumento, desolada invención de una mente sublevada contra las ligaduras que la encadenan al régimen despótico del escribir?

Por eso, Úrsula, cualquier signo tuyo me llena de felicidad. Por eso la dedicatoria que escribiste sobre el borde derecho de la fotografía representa para mí el punto en que más cerca estamos uno del otro, el lugar en que todas las distancias parecen abolirse, cuando en realidad sólo se suspenden...

Tengo miedo: un miedo repentino, Úrsula. ¿Llegará esta carta que ahora escribo con pulso febril aunque en el camino deba pasar por las sucias manos de quienes la llevarán hasta ti?; ¿llegará aunque alguien que nos desea mal se inmiscuya y desgarré nuestra intimidad, develando nuestros secretos? Apenas la haya echado al buzón, el terror me llevará al encierro y a la desesperación. ¿Cuándo enviarás la respuesta? ¿No puedes lograr que algún conocido, alguien que te deba algún favor, alguien de quien tú puedas exigirlo todo sin temor al rechazo, se encargue de transportar nuestra correspondencia? Nada me haría más feliz. No hay seguridad ninguna para mí. El miedo me acorrala y por las noches busco avivar las escasas fuerzas que me quedan en la contemplación de tu fotografía. Ella me permite sobrevivir hasta la llegada de tu siguiente carta.

Adiós, amor mío, te deseo una buena noche. Temo que mi carta, plagada de padecimientos, perturbe tu descanso. Deseo estar presente en tus sueños: pero no como el hombre quejoso y débil que firma estas páginas, sino como ese hombre que ofrece dulcemente su cuello a tus labios para luego protegerte entre sus brazos.

Mi Úrsula:

¡Qué delicioso enojo advierto en tu carta! Al leerla no puedo evitar imaginar todo tu cuerpo puesto al servicio de tus palabras, tu rostro teñido de un rubor que quisiera estar presenciando en persona, a tu lado, como si juntos confabuláramos contra un tercero. Pero el destinatario de esa cólera soy yo o, como tú me escribes, mi tácita negativa a informarte acerca de mi «trabajo».

¡Amor mío! ¿No crees que semejante minucia es indigna de obstruir la fluidez de nuestra comunicación? Y sin embargo pones tanto énfasis en la cuestión que estoy casi dispuesto a creer que las cartas que diariamente recibo, cartas que, mal que me pese, constituyen el principal sustento de mi penosa existencia, son más importantes para ti que para mí mismo. ¿Es posible? ¡Ah, Úrsula! Si tú supieras...

De mi «trabajo» puedo confesarte algo que supongo te aterrará: me siento cada vez más absorbido

por él. Uno de mis entretenimientos de solitario consiste en representármelo a veces bajo formas extrañas, a la manera de esos diagramas que los científicos utilizan para esclarecer sus reflexiones. Una de estas representaciones quizá sirva para darte una idea aproximada: mi «trabajo» es como un perfecto mecanismo de succión de cuyo complejo engranaje mi cuerpo no es sino la principal fuente de alimentación. Esas cartas, Úrsula, esas carradas de cartas que, recibidas, van apropiándose de mis energías, se adhieren como ventosas a mi piel y con invisibles labios extraen de mis arterias la sangre que yo sólo sacrificaría sin vacilar para encontrarme contigo, aunque fuera apenas unos segundos.

Pero esa sangre, amor mío, esa sangre que las cartas extraen de mí sin piedad, yo la recupero milagrosamente al leer las tuyas, al proveerme tú de tus noticias... Ya lo ves: lo que aquéllas me quitan, tú me lo devuelves purificado, redoblado en su vigor. Es como si tú, dadora anónima y desinteresada, te ofrecieras incondicionalmente a rescatar de la agonía a este pobre cadáver desangrado que soy. Es el flujo incesante de tus cartas lo que permite que yo me mantenga aún en pie, y que por mis venas aún circule la sangre que me anima.

Te empeñas en una queja infantil ¡y por ello mismo tan adorable! Al interrogarme tan insistentemente acerca de mi trabajo, demuestras un desmedido interés (semejante al de un verdadero «hombre de ciencia») por saber sobre este «insecto» que se aferra a mis venas para vaciarlas sin delatarse; y yo siento que si

me decidiera a narrarte alguna de las cartas que diariamente solicitan mi respuesta, si bien estaría así cumpliendo satisfactoriamente con un urgente pedido tuyo, al mismo tiempo, y esto desde un punto de vista mío, estaría ocupando de un modo indebido un espacio y un tiempo que mi espíritu considera inviolables y sagrados –un espacio y un tiempo que sólo concibo destinados a intercambiar palabras referidas exclusivamente a nosotros dos, y que no podría dedicar a otro propósito sin sentir que cometo una penosa trasgresión.

Se trata, además, en esas «cartas» (¿es lícito que las nombremos con la misma palabra que designa nuestra correspondencia?), de «asuntos» en su mayoría sucesos y de los que me costaría gran esfuerzo hablarte. A veces el hedor que despiden esos papeluchos (¡hedor de toda una civilización, mi querida, de la que a menudo nos siento tan aislados!) es tan penetrante, que termina por asquearme a mí mismo. ¡A mí, que por frecuentarlo asiduamente me creía inmune a sus tufos! Me escriben, amor mío (¡y cómo me cuesta escribir acerca de ello, transmitírtelo!), de las cosas más abyectas que tú puedas imaginar (aunque de ello yo nunca te creería capaz); detallan con deleite sus variadas abominaciones: ya sea para pedirme consejo, o bien ofreciendo sus «experiencias» como «ejemplo» para los demás «desorientados» que acuden a mí en busca de una guía.

¡Y tú, amor mío, nada menos que tú, me pides que no te deje al margen de estas terribles narraciones! ¡Y no sólo me lo pides, sino que no vacilas en enojarte

ante mi negativa a concedértelo! Entiende, Úrsula mía, que si yo condescendiera en algún momento a referirte al menos una parte, una simple línea de lo que me llega, a comunicártelo a ti, que esperas mis noticias, me hundiría en la sombría vergüenza de quien, víctima de un impulso atroz, viola correspondencia ajena...

Pero ya es suficiente. Antes de acabar: ¿qué hay de ese «mensajero» que dices haber encontrado, al que propones entreguemos nuestras cartas y del que, según afirmabas en tu último fragmento, ya menos enfadada, tal como se puede notar claramente en tu escritura, que lenta y sin quererlo se suaviza..., ya no me cabrá sospechar?

No te rías, amor mío, no te rías; en estos momentos es para mí una cosa espantosamente seria el siguiente deseo: ¡si estuvieras aquí!